

Mientras el soldado tendido en su zarape descansaba de la ruda marcha, ellas acarreaban leña, robaban gallinas, compraban pan, queso ó lo que había, y á los diez minutos se elevaban del campo] espesas columnas de humo que envolvían todo en una bruma azulada, á través de la que se veían los pabellones de armas alineados, los grupos confusos de hombres y mujeres, las maletas regadas y los montones de leña empezando á arder, rodeados de hambrientos que soplaban con los carrillos hinchados... y entre esta confusión y desorden, los oficiales atravesando en todas direcciones, dando órdenes á gritos, en medio del barullo universal.

Las *chimoleras*, vendedoras de comida barata—platicillos de á uno, dos ó tres centavos,—andrajosas y sucias, despeinadas y con los brazos desnudos, ante las enormes cazuelas y las negras ollas, tosían gravemente, gritando y gesticulando, disputando con gran lujo de obscenidades, con las compañeras.

Pero esa noche había aún más motivos para la animación. La tropa estaba descansada y relativamente había comido bien, por lo que estaba alegre.

Las mujeres habían hallado carne y manteca barata, y no pedían más.

Algunas, las ricachonas, habían comprado sotol, con lo que más que suficiente era para que reinase un rebumbio endemoniado.

Todas y todos, sabiendo que la partida era al día siguiente, habían reforzado con suela nueva sus *huara-*

*ches*, y ya frescos, se sentían dispuestos á atravesar el mundo si así lo ordenaban.

Aquellos pobres diablos que conducían allá, al fondo de la sierra, á morir como ovejas ó á matarse como leones, estaban muy tranquilos, algunos hasta amorosamente recostados junto á sus mujeres, las cuales charlaban sempiternamente.

Y allá, á algunos pasos del campamento, en una casa aislada en la oscuridad de la noche, en un cuarto por cuya puerta rojizo cuadro de luz se percibía, dos hombres paseaban hablando lentamente, acalorándose á veces ó á veces guardando silencio.

Eran el teniente coronel Florencio Villedas y el capitán Eduardo Molina que hablaban de las disposiciones que tomarían, según el plan concebido por el general en Jefe.

Y en tanto que el campamento se animaba más y más, y que los dos comandantes de la fuerza, conversando fríamente pensaban en sus responsabilidades, en una tienda amplia, en los portalitos de la plaza, toda la oficialidad, jovial y expansiva á fuerza de beber, se mofaba del porvenir y entonaba un canto de triunfo anticipado.

Las tandas de copas de *tequila* se sucedían como descargas cerradas, en medio de aplausos y brindis.

Castorena, el poeta oficial, que por cada copa blasfemaba una estrofa, estaba en su elemento y completamente roja, la cara, revuelto y erizado el cabello, con frases candenciosas y retumbantes, lanzaba décimas y

cuartetas á diestra y siniestra, tronando en aquella apo-  
teosis de su genio.

—¡Que hable en verso Castorena! ¡Que brinde Cas-  
torena!

—¡Silencio! va á hablar el vate.... ¡que le den otra  
copa y brinde!—aullaban algunos.

—¡Ahora, *Sesos de Bronce!*....

—¡Que le traigan un tonel para que brinde!

—¡Andale, cabeza de plumero colorado!

—¡Silencio!.. ¡Déjenle hablar!

Retemblaba la tienda con aquel vocerío de borra-  
chera. Castorena estaba en su elemento.

Tomó la copa con mano temblorosa, vertiendo par-  
te del líquido y vociferó, para dominar el tumulto que  
acrecía:

Aunque ahora es ya de noche,  
La palabra humilde pido  
Para brindar sin reproche,  
¡Porque pronto sea destruído  
El vil pueblo de Tomoche!

—¡Bravo, bravo!.... ¡Bien por el poeta!—y una tem-  
pestad de aplausos se desencadenó; mientras afuera, en  
el portal, algunos *paisanos* envueltos en gruesos cober-  
tores rojos, miraban taciturnos al interior de la tienda  
llena de humo de cigarro, donde aquella oficialidad  
bisoña se alegraba con *tequila*.

Rayó en delirio el entusiasmo, fué demencia aque-

llo... un capitán auguró espléndido porvenir al que  
hacía quintillas semejantes, y mientras un nuevo  
brindis preparaba el bardo y los demás conversaban  
cada uno de diferente cosa y un hombre de inmensa  
barba y descomunal cabellera roncaba completamente  
ébrio, Miguel, sugestionado por la frénetica y galváni-  
ca alegría de la reunión, bebía también, y ya excitado  
su cerebro débil, llevado por la avalancha aquella, tra-  
taba en vano de demostrar que todo era estúpido y que  
la poesía debía desterrarse del mundo donde la reali-  
dad era horrible.

Por supuesto nadie le escuchaba y su disertación  
pesimista pasó desapercibida.

Le habían obligado á beber; y el alcohol le enloque-  
cía, despertando en él recuerdos amargos, después una  
alegría extraña, y en el tercer grado, apetitos brutales,  
que le transformaban en fiera.

En aquel instante estaba en el periodo de la melan-  
colía y filosofaba silenciosamente entre el fragor de  
aquella bacanal.

—Pero, después de todo,—decía,—¿por qué no be-  
bes?... para aniquilar la pena... ¡eh Martínez! yo no he  
bebido, yo también quiero brindar!... ¡una copa! ¡den-  
me una!

—El fraile Mercado quiere beber, ¡una copa para el  
filósofo!—aulló Castorena.

—¡Que repitan las copas por mi cuenta!—dijo el  
teniente Ramírez—y que brinde Mercado.

Cuando el tendero colocó las copas en *línea desple-*

*gada* como decía Castorena, sobre el mostrador, Ramírez, que era el obsequiante, fué dando á cada uno la suya, y todos, habituados á las formaciones en orden, hicieron un círculo en cuyo centro se colocó Miguel, quien, cuando se restableció el silencio, comenzó un brindis disparatado é incoherente.

—No vengo como Castorena—decía—á improvisar cuartetos... yo desprecio el verso, y la poesía también... porque es mentira y todo lo falso es despreciable...

Yo vengo, lo mismo que mis superiores y compañeros, á demostraros lo noble de nuestra misión; somos las víctimas expiatorias de los extravíos sociales; somos los inmolados por el destino ó la casualidad en nuestra misión de soldados....cumplamos con ella....brin...brin....¡brindo por el deber y la milicia mejicana!

Nadie, ni aun él mismo, comprendió lo que había dicho; pero le aplaudieron, creyendo que decía muchas preciosidades.

La francachela seguía, y la luz de las tres lámparas que colgaban del techo de la tienda, alumbraba con reflejos amarillos los uniformes de dril de los oficiales gesticulando excitadísimos en aquel ambiente impregnado de alcohol.

Castorena, que tenía nombrado en el campamento un *rondin*, de nueve á once de la noche, se retiró, gritando á Miguel:

—¡No se te olvide, Mercado, que tu estás de *rondin* de once á una!

...Sentado en una banca, en un rincón de la tienda, Bernardo roncaba, con la cabeza reclinada sobre la pared y la boca abierta. El sombrero se le había caído á un lado y la sucia y alborotada melena de feroz bandido le daba un aspecto asaz repugnante.

Miguel bebió otra copa con verdadero furor de mente.

Al dejarla sobre el mostrador se fijó en el oso de la casa del río, y por su cerebro excitado pasó entonces una idea que le hizo erguirse y meditar. Después ya no vaciló y escapando de la tienda, atravesó corriendo la plaza, silenciosa y oscura; tomó por callejas desiertas, hasta llegar al río y después de muchos rodeos y algunas caídas, llegó hasta la puertecita baja de la casucha de Julia y allí tocó. Ladró el perro, pero fué acallado prontamente, luego sin preguntar, abrieron.

No eran aún las nueve de la noche, pero todo estaba ya en el más profundo silencio. Violentas ráfagas de cierzo glacial doblaban los arbustos de la orilla.

Miguel, aterido, al abrirse la puerta, entró precipitadamente; una lámpara que ardía en un rincón se apagó al instante; pero dejándole tiempo para distinguir como á la luz de un relámpago, una visión mágica.

Julia, con los pies descalzos y una enaguilla corta, con su camisa blanca mostrando su seno y brazos desnudos; Julia en actitud de salir de la cama semi-revuelta, apareció tiritando á sus ojos deslumbrados...

Después la obscuridad irritante arrebatándose, la sombra negra interponiéndose, en tanto que ella se re-

tiraba al fondo del aposento, asustada ante la aparición de un hombre que no era su amo.

—Soy yo, Julia, ¿dónde está usted?... no tenga miedo... yo, Miguel.

Al fin comprendió ella, y balbuceó con expresión de sumo terror:

—¿Usted, señor?... pero... ¡cállese!... mire... pero dígame por Dios dónde está don Bernardo, va á venir... ¿qué?... ¿qué quiere usted?...

Miguel no escuchaba, ni atendía nada; sentía un arrebato salvaje, y dominado por el vértigo extraño de su embriaguez, la buscaba á tientas, tropezando con miles de objetos y más excitado cuanto menos la encontraba.

En vano ella trataba de inquirir, de saber ante todo de Bernardo... por fin, él la tomó de un brazo y la besó con frenesí.

Suplicante, con las lágrimas en los ojos, la infeliz, palpitando también de emoción cerca de él, que la acariciaba, le contó que debían partir á la mañana siguiente antes que las fuerzas, para Tomochic, que no fuera también él malo, que comprendiera que no tardaría en venir y les mataría!



## XI

**A**L día siguiente, el toque de diana le despertó de un sueño inquieto y malsano; sentía horrible pesadez en su cerebro y su cuerpo todo dolorido, en tanto que á su garganta la abrasaba una sed angustiosa.

Al incorporarse, aquella sensación insoportable se acentuó notablemente; pero el corneta, que ya tocaba *lista*, le hizo comprender que era preciso ir á pasarla como todos, al frente de su compañía.

Había dormido sobre su capote, en un suelo frío y duro, al pie de un árbol, cuyas raíces salientes le habían maltratado mucho; apenas pudo estirar las piernas, hizo á un lado el cobertor y como estaba vestido, se puso violentamente el capote y el kópis, y corrió á colocarse al frente de su compañía, en el momento en que

el sargento primero daba parte á los oficiales, de las novedades ocurridas.

—¿Y el subteniente Miguel Mercado, no puede venir todavía?—preguntó el capitán impaciente y cólerico á un teniente.

—Presente, mi capitán, contestó Miguel acercándose.

—¡Sí, á buena hora llega usted amigo, ya que se pasó lista!

Quedó aterrado, y viendo á todos sus compañeros muy cumplidos levantarse, se asombró que fuesen los que en la noche hubiera visto en el desenfreno de la orgía, porque ya iba recordando todo lo que había pasado.

Después de la *lista*, desfiló su compañía al *rancho*, ante el caldero de café humeante. Los oficiales al lado del capitán observaban el reparto.

Mercado se puso sus guantes de lana, se caló la capucha y aterido por el frío de la madrugada, reflexionó, en pie, apoyado en su carabina.

Se acordó de Julia, desconfiada, abriéndole la puerta, semidesnuda: luego ella suplicante, él brutal y.... ¡oh menguado!... ¡miserable, recordaba aquella posesión por la fuerza, la pobre con lágrimas en los ojos, cediendo á su infortunio de mujer!

Le había dicho que saldrían á las cinco de la mañana para Tomochic y con ese motivo, con voz débil para no despertar á la vieja Mariana, le había contado su historia, la abyección y embrutecimiento de su pa-

dre proclamado santo por un cabecilla audaz y ambicioso, fanatizando un pueblo ignorante, pero altanero y noble, que desafiaba obstinado á las fuerzas federales.

Cuando se dieron el último abrazo y el último beso, el más dulce y el más amargo, se citaron para el pueblo, fuera cual fuese el resultado de la campaña....

¡Ah! y aquella escena extraña de amor en la obscuridad de la guarida del oso; la posesión de su hembra en el mismo lecho del monstruo, volvía á surgir en su cerebro, con detalles precisos, en tanto que presenciaba el reparto del café á la tropa que desfilaba lentamente ante los calderos.

¿Sería cierto? ¿aquel hombre terrible habría podido emprender la marcha tan temprano después de aquella noche báquica?

Fué lo que quiso saber, y cuando se dió permiso á los oficiales francos para retirarse, se lanzó á la casucha. La encontró cerrada.

De los animales que había en el corralito que quedaba á un lado, sólo encontró una burra vieja y flaca, con la cabeza gacha, inmóvil y tristonera.

Volvió al campamento, triste y aniquilado por el horrible malestar que sucede á las noches de crápula. Trató de tomar algún alimento y no pudo. Sintió náuseas atroces, y desfallecido, fué á sentarse en un extremo solitario de la alameda, evocando obstinadamente la noche anterior, estremeciéndose cada vez que pensaba en Julia, primera mujer casta que había poseído.

Gran movimiento reinaba, en torno suyo, las mujeres de prisa, iban y venían cargadas de tortillas, pan, queso, carne y chorizos; y otras, las que no se atrevían á seguir la marcha hacia el enemigo, se retiraban tristes y llorosas, con la incertidumbre de la suerte de sus hombres.

La marcha debía emprenderse á las tres de la tarde. A las doce y media se dió el primer toque.

Los soldados uniformados de paño azul, hicieron sus maletas, en tanto que también los oficiales sujetaban á los kúpis los paños de sol, ó empacaban sus provisiones de boca, sabiendo que en todo el trayecto de la sierra no hallarían ningún alimento.

Algunos soldados del 5.º regimiento llevaron á la alameda, los flacos y mustios caballos de los oficiales, quienes empezaron á colocar sus maletas y carabinas, fajándose las cananas que contenían 100 cartuchos cada una.

Por fin, á las tres de la tarde, con un magnífico sol, desfilaron las compañías; los soldados atravesaron el río con los pantalones arremangados, y en la ribera opuesta, *haciendo por el flanco izquierdo, alto*, esperaron el resto de la fuerza que se les incorporó á poco, fraccionándose todo en tres columnas.

La primera estaba compuesta de la segunda compañía del 9.º y una sección de «Seguridad Pública del Estado»; la segunda, de la cuarta de ese batallón y una sección del 11.º; y la tercera de 20 jinetes del 5.º regimiento y de los auxiliares reclutados accidentalmente

de los pueblos de la comarca, los cuales iban con trajes de paisano, debiendo llevar como distintivo una ancha cinta roja.

Entre la primera y segunda columna marchaba la pieza sobre dos mulas. En suma: 500 hombres.

El general José María Rangel seguido de su Estado Mayor y de algunos amigos de confianza de ese jefe, pasó á caballo ante la fuerza que le hizo los honores de ordenanza.

Después hubo que esperar que viniese el general en Jefe Rosendo Márquez, quien ordenó inmediatamente se rompiese la marcha por el orden de las columnas.

...Y principió la ascensión lenta hacia el Oeste, trepando las primeras lomas de la sierra, dejando en el fondo á Guerrero, cuyas casas blanqueaban á la orilla del río que serpenteaba incendiado por los últimos rayos del sol.

Era aquella, en verdad, una tarde espléndida, empapada en luz; al Este el río reverberaba, y al Oeste el camino subía entre un terreno rojizo cubierto de espesísimas malezas.

Una nube de polvo circuía á la columna á cuyo frente empezaron á alzarse los inmensos bosques de la Sierra Madre.

Miguel se puso en pie sobre los estribos de su montura y miró hacia atrás. Aun se veía la casa de Julia.

Luego todo desapareció tras las primeras asperezas del monte que al fin mostró sus grandezas graníticas vestidas soberbiamente con la regia majestad de la sel-

va, cuyos pinares inmensos, al sentir las ráfagas frías de la noche que ascendía, entonaban el himno melancólico del crepúsculo.

El joven subteniente quedó absorto ante la belleza de paisajes grandiosos nunca vistos por él, y muchas veces tuvo que ser reprendido por adelantarse á su puesto, abandonando la brida al caballo que subía tropezando por el sendero áspero y pedregoso.

El viento fresco de la tarde le reanimó, y ya sereno se entregó á la voluptuosidad de una marcha lenta, al borde de los precipicios por donde trabajosamente y en cierto natural desorden, pasaba la columna.

La enorme masa de las rocas inclinadas sobre profundos abismos y cubiertas de gigantescos pinos, en las estrechas veredas por las que se avanzaba, inspirábale una admiración terrorífica.

Se acampó en el punto «La Generala» á solo tres leguas de Guerrero, en un terreno á propósito para la instalación de la fuerza.

Esa noche aún hubo alguna animación; se encendieron las fogatas cuyas rojas llamaradas iluminaron á trechos las tinieblas, y haciendo proyectar á los enormes pinos, sombras extrañas, dieron un aspecto muy pintoresco al campamento.

El 18 de Octubre la marcha tuvo que principiar muy entrado el día, á causa de un incidente curioso.

La caballada del 5.º regimiento, relativamente cercana á sus cuadras en Guerrero, burlando la vigilancia de la tropa, en tropel y á galope, la emprendió por el

camino recórrido en el día, hasta llegar á inmediaciones del pueblo, de donde la hicieron volver.

Ese fué un día alegre para el espíritu regularmente triste del joven oficial, y era que encontraba verdadera fruición en aquella naturaleza ruda y vigorosa, de la sierra.

Se abandonó á una meditación dulce y tranquila que le quitó los temores del porvenir en el que tuvo confianza.

¿Por qué había de morir tan joven, cuando aún podía hacer mucho y ser útil y luchar por la existencia y experimentar los goces supremos del triunfo?

Saludable reacción se verificaba en él. Tenía el presentimiento de asistir á un drama terrible que templaría su ser con sus escenas conmovedoras que no olvidaría jamás, y cuyo recuerdo le fortalecería en las horas críticas de la vida.

El prodigioso espectáculo de la Sierra Madre se desarrollaba lentamente: á veces era la subida penosísima por agrias cuestas, dejando á los flancos negros abismos que causaban vértigo; á veces el descenso atrevido por pendientes cortadas casi á pico; ó sino, la marcha en una fila, soldado tras soldado; por desfiladeros estrechísimos, largos cañones en el fondo de dos formidables paredes

Miguel, aterrado, se preguntaba ¿por qué no los aniquilaba el enemigo en aquellos lugares donde diez hombres podrían destrozar y una división hasta un cuerpo de ejército?...

En efecto, el enemigo que iban á combatir, conōcedor perfecto de aquellas montañas, ¿porqué no los sorprendía, cuando diseminados hasta en un espacio de una legua se arrastraban en el fondo de los barrancos, en un terreno guijarroso y abrupto?

No se necesitaba mucha audacia para eso. Pero se sabía de fijo que los valientes de Tomochic, esperaban en su propia casa la agresión, repugnándoles salir de su sagrada tierra, donde tenían la conciencia de ser invencibles.

Por lo tanto muy pocas precauciones se tomaban.

A veces los nacionales eran destacados á los flancos, por donde trepaban con facilidad, para explorar el terreno; pero era evidente que en caso de ataque solo habrían sido los fatídicos anunciadores de la catástrofe.

A la una de la tarde se hizo alto en «Peña Agujerada» donde, matada una res, se repartió carne y harina por todo alimento del día, á la tropa.

A las cuatro la columna prosiguió la jornada que no se pudo rendir, sino hasta las once de la noche, atravesando varias veces el río.

Aquella caminata nocturna tan atrevida, en las tinieblas, produjo terrible impresión en el ánimo de Miguel.

Había que marchar casi á tientas entre los pinos y las rocas ajigantadas por la sombra.

Los soldados, agobiados de fatiga, cargando la maleta y municiones, destrozados los pies por la viva roca

por la que caminaban, seguían silenciosamente en las tinieblas pavorosas, tropezando y cayendo.

El fondo de los precipicios tomaba en la sombra proporciones ingerentes, cuando se escuchaba el negro rumor del agua de los ríos ó arroyos.

Los caballos del 5.º regimiento y de los oficiales avanzaban con los ojos fosforescentes, espantados, marchando abandonados á su propio instinto, resistiéndose á pasar el río, resoplando ruidosamente y produciendo bajo sus cascos, una explosión de chispas.

Llegaron á Río Verde, donde se instaló con grandes precauciones el campamento.

Se había recorrido más de la mitad del camino y se dictaron más serias providencias, estableciéndose algunas avanzadas, en una de las cuales fué nombrado de guardia Miguel, por lo que le fué imposible dormir.

Sobresaltado, estuvo paseando toda la noche, carbina en mano, recorriendo los puestos, temiendo una sorpresa, y abriendo los ojos, espantado ante la negra de la noche.

Al día siguiente, todos los paisanos ó militares no uniformados, ataron por orden del general, grandes cintas rojas á sus sombreros, para no ser confundidos en el combate.

A los oficiales se les obligó á quitar la espiguillas é insignias de sus uniformes.

Se trataba de esta manera de evitar ser los principales blancos del enemigo, el que, como ya sabían,

cazaba inexorablemente á los oficiales y jefes, distinguiéndoles perfectamente entre la tropa.

La jornada del 19 fué muy corta, de «Río Verde» á «Las Juntas» tres horas de marcha, á dos leguas solamente de Tomochic, frente al enemigo.

Esa jornada, muy breve en verdad, pero pesadísima por ser toda una gran ascensión en caminata, por no encontrarse agua en todo el trayecto y no haber los alimentos suficientes, fatigó demasiado á la fuerza, la víspera del ataque.

¡Al fin llegaban!...



XII UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

**D**ESPUÉS de que se repartieron á la tropa y oficialidad las raciones de carne y harina del pobre rancho, hubo en el campamento, situado en una alta meseta desde cuyos bordes podrían dominarse facilmente todos los alrededores, una gran calma sorda que encubría la excitación de los ánimos, á la expectativa de la batalla.

Se hablaba quedo y se conversaba poco. Los rostros pálidos por la fatiga y el escaso alimento, miraban con ojos inquietos el horizonte limitado por las rocas y los pinos.

El general Rangel, en persona, que era el primer jefe (pues Márquez había regresado á Guerrero antes de llegar á la Generala), ordenó y vigiló el servicio de avanzadas.

A las ocho de la noche se apagaron las fogatas y